

# Querido Diario:

Marcela Guijosa

Para Super  
Anita, por su  
generosidad,  
y para Tomás y  
Coni, por  
supuesto.

**P**ues has de saber que finalmente sí se arregló el viaje a San Francisco, con ayuda de la Divina Providencia que se extiende a cada momento. Anita y yo conseguimos la lana y partimos, locas de contento, con Mateo y Mariana, a visitar a Tomás y a Coni y a conocer tan famosa y hermosísima ciudad.

Tomás nos aconsejó que fuéramos precisamente esa semana, ya que tendría vacaciones (*spring brake*) en el Conservatorio. Y resultó muy bien porque nos pudimos pasear, juntos los seis, todos los días.

Rentamos una camioneta, le dicen mini-van. Aunque no era tan mini: era grandota y modernísima, último modelo. La tendríamos

cuatro días, y los demás andaríamos a pie, en camión, en trenecito.

Aprovechamos, entonces, la mini-van para ir a las afueras: un día a Berkeley, otro día a Sausalito y a los Muir Woods. Este bosque, reserva federal, es preciosísimo, con esos *red-woods* que son unos pinos altísimos, de tronco rojo, impresionantes. La mayoría de los árboles nacieron hace más de doscientos años, y algunos son de mil años. Este lugar es como el Museo del Arbol. Entrás al bosque, pagando por ingresar, y luego caminas a través de él por un caminito que tiene cercas a los lados. Prohibido salirte del caminito. Prohibido cortar cualquier rama, hoja, flor o brizna de hierba. Prohibido fumar. Prohibido comer. Prohibidas las mascotas y las bicicletas. O sea: sólo puedes caminar y contemplar. Respirar con cuidado y hablar quedito. ¿De veras seremos tan dañinas las personas para los bosques?

Inevitablemente me acordé de los indios norteamericanos. Primero los arrasaron y luego conservan los poquitos que quedan como en museo, y los veneran y los presumen, y cobran por verlos.

Berkeley me encantó. Es un pueblo con una vibra muy especial. Claro: es un pueblo universitario. Qué bonita la universidad, con edificios horribles (enormes, como imitación de templos griegos, como grandes mausoleos) y jardines divinos. Árboles, flores, prados. No te cansas de ver a la gente, de todos los estilos, de todas las razas. Y la historia que tiene ese lugar. El espíritu combativo de los sesenta sigue flotando por ahí, en los carteles que anuncian



Rotmi Enciso



obras de teatro (*Monólogos de la Vagina*), en la banda de negros que tocan magistralmente sus tambores de todos los tamaños, en el picnic de muchachos chinos que ves en un prado.

Las tiendas de Berkeley te pueden volver loca: qué librerías, qué restorancitos, qué discos encuentras. También sientes la influencia chicana, y después de almorzar un "burrito" que tiene adentro salmón, arroz con frijoles, y salsa mexicana, acompañado de un té verde con ginseng y ginko-biloba y miel de abeja que venden embotellado, te compras en una tienda loquísima una camiseta negra, chidísima, que tiene estampada esa vieja pintura mexicana, tan famosa, de una mujer entre las llamas, llamada el Anima Sola, o sea una ánima del purgatorio. En México no la has visto. La fuiste a encontrar en Berkeley.

Y lo mejor de estos viajes es la pasada por los puentes. Creo que el Golden Gate es lo que más me gustó. Y el otro, llamado el Bay Bridge, no se queda atrás. Pudimos subirnos a un mirador y ahí nos pasamos horas, retratándonos como buenos turistas con el Golden Gate a nuestras espaldas, viendo el Océano Pacífico y la Bahía de San Francisco a ambos lados del hermosísimo puente, viendo los barcotes llenos de contenedores que traen todo tipo de mercancías de Oriente, fumando bastantes cigarritos...

Porque qué horror la persecución, en todos lados, contra nosotros los fumadores. Ahí sí que sólo puedes fumar en la banqueta. (O en el mirador, en la carretera). Y claro, dentro de la mini-van, aunque con restricciones: mis hijos refunfuñaban, y es que era complicadito, porque la camioneta no tenía ceniceros y Anita y yo teníamos que estar adaptando una lata usada de cocacola o una cajetilla vacía, qué oso.

Tomás y otros compañeros tocaron en un concierto, precioso. Fue en una iglesia cató-

lica, de padres franciscanos (guapísimos, con su hábito café), que tiene la peculiaridad que acepta y da la bienvenida a los gays. Ahí no los rechazan, no los condenan. Eso sí es civilización, eso sí es cristiano. Hacen conciertos los domingos en la tarde, y yo con la lágrima continua, porque esas guitarras sonaron maravillosas, sobre todo la de mijito lindo qué cosa tan chula.

Luego nos fuimos a comer a un restorán italiano, con todos los guitarristas y el tenor que cantó una canción renacentista. Todos ellos son compañeros de Tomás, del Conservatorio. Esa fue la mejor comida del viaje, riquísimos los espaguetis en salsa de mejillones y los risottos con camarones y almejas y el vino tinto californiano que, aunque usted no lo crea, estaba de veras bueno.

Y claro, con platos de cerámica y cubiertos verdaderos y vasos de cristal. No como en todos los demás establecimientos, qué horror, de *fast-food*, que abundan, todo desechable, todo para llevar, y toda la gente comiendo en la calle, de volada, mientras camina hacia su trabajo... Y los dueños de este restorán y los meseros italianos, con cara de Robert de Niro, guapísimos y divertidísimos, gritando payasada y media, besándonos la mano, *bella signora*, encantadores. Por eso progresan tanto, son excelentes vendedores, guisan delicioso, saben su negocio.

Museo de Arte Moderno, Museo de Fotografías. Pudimos ver algunas fotos originales de Ansel Adams, fotógrafo importantísimo de los años cuarenta que tomaba maravillas en blanco y negro. Ahí estaban otra vez los *red-woods*, magistralmente retratados, y las hierbitas con todo detalle, en acercamiento, y las montañas de California y los lagos de Alaska. Me compré dos postales carísimas que claro que voy a enmarcar.

El cansancio aumentaba. Qué bueno que llevé mis tenis, porque los días ya sin camioneta, estuvieron pesaditos. Que vamos al Fisherman Wharf: bonito, pero con cierto sabor de Reino Aventura o de Disneylandia, sus tienditas muy de a mentiritas, sus mariscos francamente ni tan buenos. Que vamos, ¿caminando?, santo Dios, al barrio chino... Cámara. Creo que ya no necesito ir a Pekín. Me lo puedo imaginar perfectamente. Te vuelves loca con ese lugar abigarrado, con tanto chino y tantísima tienda y tanta, tantísima cosa que venden. El mercado es increíble, gritan como en México, pásele marchanta, aquí están sus verduras, lleve los melo-

nes, pero en chino. Y las cosas que ofrecen son rarísimas: nunca las habías visto en tu vida ni sabes qué serán. Las múltiples tienditas para los turistas son la peor de las tentaciones: esmaltes, lacas, buditas, juegos de té, bolsitas de todos los tamaños, campanas de viento, papalotes, pinceles, joyas, lámparas, te quieres comprar todo, tan bonito, tan barato. Pero te engatas, te aturdes, te sales sin comprar casi nada. Mariana, feliz, se compra una cortina de cuentas. Mateo, un radio, chiquito, muy barato.

En el Golden Gate Park, además del hermoso jardín japonés, hay un museo de ciencias, con el mejor acuario que te imagines. Mis pies y mi lumbago se quejaban. Pero qué precioso ver tantos peces, chiquitos, grandes, qué colores y qué figuras, mejor que el museo de Arte Moderno, mejor que cualquier Picasso, no lo puedes creer. Alabas al Creador. Hay una gran sala donde te sientas y todo alrededor es una gran pecera, donde enormes peces plateados, como salmones o atunes, dan vueltas y vueltas sobre el fondo azul, y de repente una mantarraya, que parece que vuela... Ahí te podrías pasar todo un día, en el trance, en la meditación.

Anduvimos también por la calle Heights, que era el merittito barrio de los hippies. Ya no hay hippies, pero algo se conserva. Ves las tiendas más alternativas del mundo: *new age*, ropa hindú, establecimientos donde te pintan el pelo de morado o te hacen todo tipo de tatuajes, tiendas de pelucas, de ropa usada...

Los últimos días nos subimos en varios autobuses. Esos camiones, y la calle, fueron más interesantes que el museo y que el acuario. El personal es variadísimo: yo estaba atónita. Eso sí es un mosaico de razas, de culturas, de aspectos. Hay, sobre todo, gringos, negros y chinos. Pero también ves otros colores: hindúes, turcos, árabes o griegos, mexicanos y latinoamericanos varios, y los atuendos varían desde lo más normal hasta lo más amenazador o exótico. Africanas con sus tunicotas de mil colores y peinados extraordinarios; muchachas con sari, negros tatuados, drogados y peleoneeros; chinos que parecen mexicanos; viejitos muy elegantes y otros disfrazaditos, con sombrero morado y los pelos largos, sucios, fregados, fachosos... tipo *homeless*.

Ay, cuánto *homeless*. Sin casa. Con su carrito como del súper con sus pertenencias, con sus cobijas y plásticos, acostados en la calle, sentados con la mirada perdida en cualquier esquina, callados unos y agresivos otros. Dro-

gados, borrachos, locos. La mayoría son gringos. Homeless negros, sólo vimos a dos mujeres, viejas, alcoholizadas. Ni un chino, ni un mexicano. Supongo que estas dos culturas arropan a sus desventurados y a sus pobres, y donde comen dos comen tres, y aquí nos amontonamos y nos ayudamos. En cambio, los gringos...

Claro que son civilizados, no lo puedo negar. Manejan con cortesía. En los cruces, de veras pasan uno y uno. Respetan los semáforos. Se paran, siempre, para dejar pasar al peatón. Tienen una estructura perfecta para los discapacitados: vimos a varios en su silla de ruedas motorizada, cruzando las calles perfectamente, muy veloces, y en cada esquina hay rampas y van felices. También me impresionó una mujer ciega, con su bastón, atravesando la avenida sin titubeos y sin ayuda, y luego en ángulo recto la otra avenida, y luego caminando muy segura y muy rápida en la calle como Pedro por su casa, como si pudiera ver.

Sí, preciosa ciudad, asombrosa, con esa tolerancia y pluralidad que seguramente no es fácil encontrar en muchas ciudades. Admirable. Y preciosa físicamente, con sus casitas de madera, con tantos árboles y jardines, con sus grandes edificios brillantes, con su mar y sus magníficos puentes y sus barcos.

Pero lo mejor para mí fue la reunión con mis hijos. El departamento de Tomás y Coni, chulísimo, aunque no tenga cuadros en la pared porque está prohibido clavar clavos. El verlos tan bien, tan guapos y tan valientes, tan adaptados, aunque ellos digan que no tanto y que extrañan sus enchiladas y sus totopos, su de efe y sus cuates y su mamá... Pero están teniendo éxito, están venciendo todas las dificultades, y el experimento ha valido la pena. Y bueno: hasta nos dio chance de tener el pretexto de irlos a visitar. Qué perfectos resultaron todos los paseos. Qué felicidad comer en su casa esa carne con espárragos, o esa comida tailandesa, acompañados de tequilas y rancheritos y almon-rises.

Cómo no me voy a sentir tan agradecida. Cómo no me van a dar ganas de arrodillarme y cantar varios aleluyas. Aunque haya llegado a México tan cansada después de tantas caminatas y de tan mal humor por un vuelo tan largo porque el avión se quedó dando vueltas arriba de Toluca dos horas debido a que están componiendo las pistas del aeropuerto y no podía aterrizar y qué horribles nervios y luego sin fumar... *Jm*